

LOS MEJORES CUENTOS
CON VALORES DE LEV TOLSTÓI

PRIMEROS CAPÍTULOOS PROMOCIONALES

Lev Tolstói

**LOS MEJORES CUENTOS
CON VALORES
DE LEV TOLSTÓI**



Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de Traducción: Mestas Ediciones, S.L.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Imagen de cubierta bajo licencia Shutterstock
Autor: Ivanchina Anna

Primera edición: *Marzo, 2022*
Segunda edición: *Marzo, 2024*

ISBN: 978-84-18765-13-1
Depósito legal: M-2378-2022
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Lev Tolstói es uno de los mejores escritores de todos los tiempos. Su capacidad para reflejar el alma humana en toda su extensión, con claros y oscuros, con defectos y virtudes, con esa capacidad tan nuestra de hacer el bien más absoluto o el mal más despiadado, le concede la fuerza que impregna a sus palabras y hace que sus piezas se conviertan en pequeñas obras maestras justo en el momento de ser escritas. Este magnífico autor ruso despliega genialidad por todos sus costados. Sus relatos son diminutos artefactos en busca de la verdad, son sucesos que nos golpean la razón, haciéndonos reflexionar durante un buen rato, convirtiéndonos en mejores personas simplemente por eso, dado que nuestra reflexión va acompañada de todas las ideas que Tolstói ha incluido en ese universo literario. No son cuentos moralizantes, son narraciones donde el lector descubrirá, por sí mismo, los valores necesarios para que la historia de su vida acabe con final feliz.

Tolstói sufrió grandes crisis espirituales a lo largo de toda su existencia. En sus últimos años se convirtió en una persona profundamente religiosa. Practicó el altruismo y trató de vivir lo más cerca posible del pueblo ruso, del pueblo llano. Decidió dejar atrás todos los lujos y mezclarse con los campesinos de su tierra natal, al tiempo que practicó el oficio de zapatero. Fundó una escuela y se convirtió en profesor, escri-

biendo y editando los libros de texto que utilizaban sus alumnos e inculcándoles el respeto hacia sus semejantes y hacia ellos mismos. Todos estos aspectos vitales se vieron reflejados en su literatura, donde desarrolló una gran percepción psicológica de las personas. Sus personajes son ricos (y complejos) interiormente, mientras que su trama siempre va encaminada a la búsqueda de la verdad, la búsqueda del sentido último de la vida, el por qué de nuestra existencia, del sufrimiento y de las alegrías. Y si algo se puede explicar de forma simple, siempre es mejor hacerlo así, sencillo, fácil, antes que artificial y recargado. Eso es lo que propiciará la lectura de estas diminutas piezas: narraciones minimalistas cargadas de autenticidad y amor al prójimo y a la vida. En ellas no siempre se verá el bien vencer al mal, puesto que en la vida esto no es así. Sin embargo, entendiendo todo lo que ocurre en estas historias, descubriremos, en lo más recóndito, verdaderos diamantes de comportamiento en forma de valores a aplicar en nuestro día a día. Valores para ser mejores personas.

*«Todos piensan en cambiar el mundo,
pero nadie piensa en cambiarse a sí mismo.»*

Todos y cada uno de nosotros hemos tenido, tenemos y tendremos circunstancias en nuestro recorrido vital que nos harán dudar de nosotros mismos. Todos pasaremos malos momentos. Pero ¿debemos perder nuestros valores porque la vida no siga el camino que nosotros queremos que siga? Tols-tói nos enseña con sus escritos que las situaciones adversas no las podemos elegir, no obstante, lo que sí podemos elegir es la forma en la que nos comportamos a la hora de reaccionar ante esos sucesos. Podemos (y debemos) elegir en todo momento quiénes somos y cómo nos comportamos, más allá de los condicionamientos.

*«La felicidad no depende de las cosas exteriores,
sino de la forma en que las vemos.»*

Los principios que abanderaron los últimos años de este gran escritor fueron: no te enojas, di no a la lujuria, no prometas nada, ama a tus enemigos y a todo el prójimo y no te resistas al mal. Esto último inspiró a Mahatma Gandhi y a toda una sociedad. La no resistencia al mal no significa aceptar el mal y ser sumiso ante este. Significa enviar amor en lugar de violencia. El amor cura heridas, la violencia genera más violencia. Si uno potencia al mal, el mal se hace más fuerte. Si uno proyecta amor, rompe todas las barreras de la malicia. Ese es el último mensaje que quiso enviar Tolstói al mundo. Mensaje que, por otro lado, propugnan muchas religiones, pero al cual nos empeñamos en no hacer caso alguno.

Un libro que hará disfrutar a niños y adultos de todas las edades, una obra que rezuma el espíritu de los cuentos clásicos de toda la vida, donde las enseñanzas se amontonan en cada línea, donde el aprendizaje que nos llevamos nos acompañará durante décadas. No tenemos la más mínima duda de ello.

El editor

«Cada mentira es un veneno; no hay mentiras inofensivas. Solo la verdad es segura. Solo la verdad me da consuelo: es el único diamante irrompible.»

Lev Tolstói

**IVÁN
EL TONTO**

IVÁN EL TONTO

I

En una comarca de cierto reino vivía un rico mujik,^[1] que tenía tres hijos: Seman el guerrero, Tarass el panzudo, Iván el tonto y una hija muda que se llamaba Malania. Seman el guerrero se fue a luchar por el zar.^[2] Tarass fue a la ciudad y se colocó en la casa de un comerciante. En cambio, Iván el tonto se quedó con su hermana al frente de la casa. Seman el guerrero alcanzó un alto grado, obtuvo tierras como recompensa a sus servicios, y se casó con la hija de un barín.^[3] Su sueldo era elevado y sus rentas muy cuantiosas, pero no le bastaban. Lo que él ganaba con una mano, lo derrochaba su esposa con las suyas. Así pues, Seman fue un día a sus tierras a cobrar las rentas, pero su administrador le dijo:

—Nuestro ganado no ha criado y tampoco tenemos caballos, bueyes, ni arado. Habrá que comprarlo todo y después ya habrá rentas que cobrar.

Seman fue entonces a casa de su padre el mujik.

[1] Campesino ruso.

[2] En estos cuentos de Tólstoi se habla del zar o de un zar. Esto se debe a que en ruso la palabra zar significa rey y procede del latín *cæsar* (césar). Se ha mantenido el vocablo ruso, pero el lector debe recordar que en realidad hace referencia a un rey y no a los zares de la antigua Rusia.

[3] Antiguamente en Rusia el barín era un hidalgo.

—Padre —dijo—, eres rico y no me has dado nada. Entrégame el tercio que me corresponde en herencia. Lo emplearé en mis tierras.

El anciano contestó:

—No has traído nada a casa. ¿Por qué iba darte yo un tercio de mis bienes? Eso sería un perjuicio para Iván y mi hija.

Seman replicó:

—¡Pero si él es tonto y mi hermana, muda! ¿Para qué quieren el dinero?

—¡Pues se hará lo que diga Iván! —exclamó el viejo.

Iván dijo entonces:

—¡Bueno! Que se lo lleve.

Seman el guerrero tomó su tercio del patrimonio. Lo empleó en sus tierras y volvió a servir al zar.

Tarass el panzudo también ganó mucho dinero y se casó con la hija de un comerciante, pero siempre andaba a la cuarta pregunta. Al igual que su hermano, fue también en busca de su padre.

—Entrégame mi parte de la herencia —le dijo.

El anciano tampoco quiso darle a Tarass la parte que pedía.

—Tú no nos has traído nada. Todo lo que hay en casa lo ha ganado Iván. No puedo perjudicarlo, ni tampoco a tu hermana —argumentó el padre.

A lo que Tarass repuso:

—¿Verdad que guardas el dinero para Iván? Es tan tonto que no llegará a casarse. Ninguna muchacha lo querrá por marido. Y una chica muda tampoco es que necesite mucho... Iván —añadió—, si me das la mitad del trigo, te daré los aperos de labranza y el ganado. Yo solo quiero el caballo tordo, que a ti no te sirve para arar.

Iván rompió a reír y dijo:

—¡De acuerdo!

Y Tarass obtuvo así su parte. Se llevó el trigo a la ciudad y el caballo tordo. Iván, que se quedó solo con una yegua vieja, araba el suelo y mantenía a sus padres.

II

Pero quiso el destino que el diablo estuviese muy apenado porque los hermanos no se habían peleado a causa del reparto y se habían separado en paz y gracia de Dios. Así pues, llamó a tres diablillos y les habló en estos términos:

—Escuchadme bien. Hay tres hermanos, Seman el guerrero, Tarass el panzudo e Iván el tonto. Es preciso que se peleen, pues los tres viven en buena armonía... El tonto es quien me ha estropeado todo este asunto. Id a por ellos y no paréis hasta que se saquen los ojos... ¿Lo lograréis?

—Por supuesto —contestaron los diablillos al unísono.

—Y ¿cómo os las arreglaréis?

—Será muy fácil. Empezaremos por arruinarlos para que no tengan ni un mendrugo que echarse a la boca. Después los enfrentaremos y se pelearán.

—Está bien —sonrió el diablo—. Veo que conocéis vuestro trabajo. Id y no volváis hasta que se hayan matado u os desollaré.

Los diablillos partieron hacia los pantanos y allí deliberaron sobre lo que debían hacer para tener éxito en su misión. Trataron el asunto largo y tendido, pues los tres querían el trabajo más fácil. Como no lograban entenderse, decidieron echarlo a suertes y acordaron que aquel de los tres que terminase primero iría a prestar ayuda a sus compañeros. Echadas las suertes, fijaron el día en que se reunirían de nuevo para

saber a quién habría que ayudar. El día señalado llegó y los diablillos se reunieron una vez más en el pantano y hablaron de sus asuntos. El primero habló de Seman y dijo:

—Mi trabajo va sobre ruedas. Seman volverá mañana a casa de su padre.

Sus compañeros le preguntaron cómo se las había apañado para lograrlo, a lo que contestó:

—Lo primero que hice fue inspirar a Seman un valor tan descomunal que prometió al zar que conquistaría el mundo entero para él. El zar lo nombró entonces jefe de su ejército y lo envió a pelear contra el marajá de la India. Los ejércitos ya estaban a la vista, pero esa noche mojó la pólvora de los soldados de Seman. Después fui al campamento del marajá indio y fabriqué soldados de paja. Los hombres de Seman, al ver que avanzaban soldados desde todos los lados, se asustaron. Seman ordenó entonces abrir fuego, pero ni los cañones ni los fusiles dispararon. Los soldados de Seman se empavorecieron y se dispersaron como corderos. El marajá indio los pasó a cuchillo. Seman ha caído en desgracia. Le han confiscado las tierras y quieren ejecutarlo mañana. Ya no me queda mucho que hacer más que sacarlo de la cárcel para que pueda marcharse a su casa. Mañana todo quedará listo. Decidme ahora a cuál de vosotros dos debo ayudar.

El segundo diablillo habló de Tarass:

—Mi asunto también va viento en popa y no necesito ayuda. Antes de ocho días Tarass verá cambiada su posición... Lo primero que hice fue hincharle el vientre y aumentar su afán de lucro. Codiciaba tanto los bienes ajenos que se moría por tener cuanto veía. Ha comprado muchas cosas con su dinero y sigue comprando, pero ahora lo hace con dinero prestado. La carga es demasiado pesada para sus hombros y está tan endeudado que no podrá salir del atolladero. Dentro

de ocho días vencen los plazos y he convertido sus mercancías en estiércol, de manera que no podrá saldar sus deudas y tendrá que volverse a casa de su padre.

Preguntaron entonces al tercer diablillo, el cual habló de la siguiente manera:

—¿Qué queréis que os diga? Mi tarea con Iván no va nada bien. Comencé escupiendo dentro de su jarro de sidra para que tuviese dolor de estómago. Fui a sus tierras y las endurecí la tierra como piedra para que no pudiese ararla. Pensaba que no podría labrar, pero él, el muy tonto, apareció con su arado y roturó la tierra. Aunque le costaba mucho, él no cejaba en su empeño. Le partí entonces el arado y él regresó a su casa, buscó otro, y se puso a labrar de nuevo. Me metí entonces bajo tierra para sujetarle la reja. Sin embargo, no conseguí detenerlo porque empujaba con demasiado brío. Y por si eso fuese poco, el filo del arado me cortó las manos. Solo le queda un surco por labrar. Venid, hermanos míos, necesito vuestra ayuda porque, si no lo dominamos, se echarán a perder todos nuestros esfuerzos. Si el tonto sigue trabajando, no notarán la miseria porque él se ocupará de mantener a sus hermanos.

El diablillo de Seman prometió regresar al día siguiente, tras lo cual se separaron.

III

Iván había arado todo el campo, salvo un surco. Le dolía el vientre y, pese a ello, tenía que trabajar. Limpió el arado y comenzó su labor. Pero apenas había iniciado la tarea, sintió que lo detenía una raíz. Era el diablillo que se habla aferrado a la reja y la trababa.

—¡Qué raro! —se dijo Iván.

Introdujo la mano en el surco y, rebuscando, tocó una cosa blanda. La agarró y la sacó. Era un objeto negro como una raíz, pero algo se agitaba encima de ella.

—¡Qué! ¡Un diablillo vivo! ¡Vaya con el bicho malo!

Iván hizo ademán de aplastarlo contra el suelo, pero el diablillo se puso a gemir:

—No me mates y haré lo que me pidas.

—¿Y qué harás por mí?

—Lo que quieras. Pide lo que desees.

Iván se rascó la cabeza y, tras pensar un rato, dijo:

—Me duele el estómago. ¿Sabrías curarme?

—Sí, puedo curarte.

—Entonces hazlo enseguida.

El diablillo se agachó hacia el surco, escarbó con las uñas, extrajo una raíz con tres tallos y se la entregó a Iván.

—Toma —le dijo—. Trágate una de estas puntas y desaparecerá el dolor.

Iván arrancó una punta y se la tragó. El estómago dejó de dolerle en el acto.

El diablillo volvió a suplicarle:

—Suéltame ahora. Me meteré bajo tierra y no volveré más.

—Muy bien —repuso Iván—. ¡Ve con Dios!

Apenas hubo pronunciado Iván el santo nombre de Dios, el diablillo se hundió en lo más profundo de la tierra, igual que una piedra hace en el agua. No dejó más que un hoyo como rastro. Iván se guardó los otros dos tallos en la gorra, y se puso a labrar de nuevo. Terminó su tarea, dio vuelta al arado y regresó a casa. Desunció a la yegua, entró en la isba^[4] y vio

[4] Cabaña de madera típica de Rusia.

a su hermano mayor, Seman el guerrero, sentado a la mesa con su esposa, aguardando la cena. Le habían confiscado su señorío y había logrado escapar por los pelos de la cárcel para refugiarse en casa de su padre.

Seman le dijo a Iván, al verlo entrar:

—He venido a vivir aquí. Danos cobijo a mi mujer y a mí hasta que encuentre algún sitio donde vivir.

—Como quieras —dijo Iván—. Quedaos aquí en paz.

Pero cuando Iván fue a sentarse en un banco, su cuñada, molesta por el olor del tonto, se quejó a su marido:

—No puedo comer con un mujik que apesta a mi lado.

Seman el guerrero se volvió hacia Iván.

—Mi esposa dice que hueles mal. Sería mejor que vayas a comer al establo.

—Como queráis —repuso Iván—. Ya es de noche y tengo que darle el forraje a la yegua.

El tonto recogió su pan, se puso el caftán y se retiró para hacer la guardia de noche.

IV

Terminado su cometido el diablillo de Seman el guerrero, acudió, según lo que habían acordado, en ayuda del diablillo de Iván para vencer entre los dos al tonto. Fue entonces al campo en busca de su compañero, pero solo halló el hoyo por el que había huido.

—Es obvio que le ha ocurrido algo malo a mi compañero —murmuró—. Debo sustituirlo. La tierra está labrada, así que pillaré al tonto en la siega.

Se fue entonces al prado y lo llenó de barro. Al despuntar el día, Iván regresó de su guardia nocturna, recogió la hoz y

marchó a segar. Al empezar su labor, la hoz no cortaba, de manera que dijo:

—Volveré a casa a buscar la piedra de amolar y cogeré pan.

—¡Qué terco es este tonto! —exclamó el diablillo al oír aquellas palabras—. No será fácil de vencer.

Iván afiló la hoz y se puso a segar hasta concluir su trabajo. Solo faltaba un trocito de prado a la orilla de un pantano.

El diablillo se zambulló entonces en el pantano, diciendo:

—Antes me corta las patas, que consentirle que siegue este trozo.

En aquel lugar la hierba era corta y, aun así, Iván no podía manejar la hoz. Se enfadó entonces y la arrojó lejos de sí con todas sus fuerzas, cortándole por la mitad la cola al diablillo, que se había escondido tras un arbusto. Concluida la labor, ordenó a su hermana que recogiese el heno y se fue por su lado con una zapa para segar el centeno.

Sin embargo, el diablejo había enredado los tallos e Iván tuvo de regresar a casa, dejar la zapa, que no le servía para nada, y recoger de nuevo la hoz para segar. Así fue cómo cortó todo el centeno.

—Ahora debo darme prisa para la avena —se dijo.

El diablillo de la cola cortada oyó aquello y musitó:

—No he podido impedir que segase el centeno, pero ya veremos quién puede con la avena. Solo tengo que aguardar hasta mañana.

Al rayar el día llegó al campo de avena, pero la mies ya estaba cortada, pues Iván había trabajado toda la noche.

El diablillo se irritó y exclamó:

—La ha segado toda. Ni en la guerra me había agotado así ni he pasado tantos apuros. No duerme el maldito y no hay

manera de adelantársele. Pues iré a los almiares y haré que se pudra la paja.

Así pues, el irritado diablillo fue a las eras, se metió entre las gavillas y trató de pudrir las. Las calentó y con el calor se amodorró.

Entretanto, Iván preparó su yegua y, acompañado de su hermana, fue en busca de sus haces.

Llegó al montón en el que el diablillo se había quedado amodorrado, levantó dos gavillas con la horca y ensartó justo el trasero del diablillo.

—¡Vaya con el bicho! ¿Todavía sigues aquí?

—Yo soy otro —gruñó el diablillo—. Te refieres a un compañero mío. Yo estaba en casa de tu hermano Seman.

—Me da igual quién seas, pero tendrás el mismo final.

—Déjame marchar —le suplicó—. ¡No volveré más y te daré lo que desees!

—Y ¿qué puedes hacer tú?

—Puedo hacer soldados con cualquier cosa.

—Y ¿para qué sirve eso?

—Para lo que quieras. Un soldado sirve para todo.

—¿Sabrán cantar?

—Sí.

—Pues, enséñame cómo los haces.

—Toma esta gavilla de centeno —explicó el diablillo—. Sacude las espigas contra el suelo y di: «Mi esclavo ordena que dejes de ser gavilla y que cada una de tus espigas se convierta en un soldado».

Iván hizo lo que le decía el diablillo. La gavilla se esparció entonces y los tallos se convirtieron en sendos soldados, que desfilaron al son de los clarines y al redoble de los tambores.

Iván rio exclamando:

—¡Esto es muy divertido! ¡Las jóvenes se lo pasarán en grande!

—De acuerdo —dijo el diablillo—, pero ahora, suéltame.

—No, quiero rehacer mi haz para no perder el grano. Enséñame cómo transformarlos otra vez en gavillas.

El diablillo repuso entonces:

—Di: «Tantos soldados, tantas espigas. Mi esclavo ordena que volváis de nuevo a ser gavillas»

Iván hizo lo que le decían y consiguió lo que deseaba.

El diablillo le rogó de nuevo que lo soltase. Iván lo dejó en el suelo, lo sostuvo con una mano y con la otra le quitó la horca.

—¡Ve con Dios! —le dijo Iván; sin embargo, apenas hubo pronunciado aquel dulce nombre, el diablillo se hundió en el suelo igual que una piedra en el agua y dejó un hoyo como rastro de su paso.

Iván regresó a casa y encontró a su hermano Tarass con su mujer, que estaban cenando. Tarass el panzudo no había podido saldar sus deudas y se refugiaba en casa de su padre. Al ver a Iván, le espetó:

—Iván, deja que mi mujer y yo nos quedemos hasta que recupere mis riquezas.

—Como quieras. Vivid aquí como gustéis.

El tonto se quitó el caftán y se sentó a la mesa.

—No puedo comer con él —protestó la mujer del comerciante—. Apesta a sudor.

Tarass el panzudo, se volvió hacía su hermano y dijo:

—Iván, hueles mal. Vete a comer fuera.

—Como quieras —dijo Iván recogiendo su pan y se fue al corral—. De todos modos debo salir para la guardia nocturna y para apacentar a la yegua.

V

Terminada su tarea, el diablillo de Tarass fue a ayudar a sus compañeros como habían acordado. Llegó al campo del tonto, buscó y no vio a nadie. Solo halló un hoyo. Se fue al prado y tropezó con la cola de su segundo compañero y, en el campo de centeno, otro hoyo.

—¡Ah! —exclamó—. Les habrá ocurrido algo. Debo sustituirlos para acabar con Iván.

Así pues, el diablillo se fue en busca de Iván. Sin embargo, este había terminado sus faenas en los campos y estaba talando árboles en el bosque. Sus hermanos, al sentirse estrechos en la casa de Iván, le habían ordenado que les construyese sus propias casas. El diablillo corrió al bosque, se deslizó entre las ramas y decidió estorbar a Iván en su trabajo. Iván taló el árbol para cayese en un lugar adecuado y luego se puso a empujarlo, pero el árbol se desvió y se enganchó con los árboles contiguos. Iván pasó un mal rato antes de lograr derribarlo. Atacó entonces otro árbol y sucedió lo mismo. Trabajó como un desesperado y solo logró abatirlo a base de grandes esfuerzos. Cortó otro y otro más, pero siempre le ocurría lo mismo. Iván quería talar unos cincuenta y no había logrado llegar a diez cuando cayó la noche. Estaba rendido, su cuerpo despedía un vaho como una niebla en el bosque, pero seguía trabajando. Se sintió tan agotado que, no pudiendo ponerse en pie, arrojó el hacha y se sentó a descansar. Al ver que Iván se sentaba, el diablillo se alegró y musitó:

—¡Bueno! Ahora dejará el trabajo. Yo también descansaré un rato.

Y diciendo esto se sentó a horcadas sobre una rama, muy contento. Pero en estas Iván se levantó, empuñó de nuevo el hacha, la blandió y la lanzó con todas sus fuerzas contra un árbol, que cayó de un golpe entre crujidos. El diablillo no tuvo tiempo de saltar, la rama se desgajó y le pilló una pata.

—Pero bueno, bicho, ¿otra vez aquí?

—Es que yo soy otro —se defendió el diablillo—. Yo estaba en casa de tu hermano Tarass.

—Quienquiera que seas tendrás lo que te mereces.

Iván se disponía a golpear con el hacha al diablillo cuando este le suplicó.

—No me des con el hacha. Haré por ti lo que desees.

—¿Y tú qué puedes hacer?

—Tanto oro como desees.

—Pues empieza ahora mismo —le ordenó el tonto.

—Recoge unas hojas de roble —le explicó el diablillo—, frótalas entre tus manos y verás caer una cascada de oro.

Iván tomó las hojas como le dijeron, las frotó y cayó oro.

—Será un buen juguete para los niños.

El diablillo le pidió la libertad e Iván lo soltó con la pértiga diciendo:

—Ve con Dios.

Al igual que los otros, apenas hubo pronunciado el tonto el santo nombre de Dios, el diablillo se hundió en los abismos de la tierra, como la piedra en el fondo del agua, y no dejó más rastro que un hoyo.

VI

Cuando los hermanos tuvieron casa, se instalaron cada uno en la suya. Terminadas las labores del campo, Iván elaboró cerveza e invitó a Seman y a Tarass a una fiesta en su isba. Sus hermanos rehusaron.

—¡Ya sabemos lo que es una fiesta de mujik!

Iván agasajó a los mujiks vecinos, a las babás^[5] y también él bebió. Incluso se alegró un poco y salió a la calle a ver los jorovod.^[6] Es más, se acercó e invitó a las muchachas a que cantasen en honor suyo.

—Quiero ofreceros algo que jamás habéis visto —les dijo.

Las babás rieron como locas y las muchachas cantaron sus alabanzas.

Cuando hubieron acabado, le dijeron:

—Ahora tienes que darnos lo prometido.

—Ahora mismo os lo traigo.

Y tomando una criba se fue al bosque cercano. Las jóvenes reían y exclamaban:

—Pero ¡qué bobo es!

Después nadie se acordó más de él. Pero al cabo de un rato lo vieron regresar corriendo con la criba llena de algo brillante.

—Eh, ¿queréis?

—Sí, sí —gritaron a coro.

Iván recogió un puñado de oro y se lo arrojó a las muchachas.

—Pero ¡padrecito...!

[5] Abuelas y, más genéricamente, las ancianas.

[6] Baile ruso realizado en corro.

Llenas de admiración se tiraron al suelo para recogerlo. También acudieron los mujiks, que se quitaban unos a otros las monedas de oro. Una pobre anciana corrió el peligro de morir aplastada por la muchedumbre. Iván se reía.

—¡Ay, pequeños tontos! ¿Por qué hacéis daño a una babushka?^[7] ¡Tened más cuidado! Os daré todo lo que deseéis.

Y volvió a arrojarles puñados de oro. A su alrededor se había congregado una gran muchedumbre. Iván había vaciado la criba y le pedían más. Entonces dijo:

—No, ya no hay más. Otro día volveré a daros. Y ahora, ¡bailemos y cantemos!

Las jóvenes se pusieron a cantar.

—Vuestras canciones no son bonitas —dijo—, ¿es que no os sabéis otras?

—¿Acaso te sabes tú algunas mejores? —le contestaron.

—Claro que sí. Vais a oírlas.

Al decir esto, fue a la era, recogió una gavilla y, según le había enseñado el diablillo, sacudió las espigas sobre el suelo.

—¡Ahí va! —dijo—. « Mi esclavo ordena que dejes de ser gavilla y que cada una de tus espigas se convierta en un soldado».

La gavilla se esparció y los tallos se tornaron en soldados. Redoblaron los tambores y los clarines retumbaron. Iván mandó a los soldados que cantasen y desfilaran con él por las calles. Los espectadores no salían de su pasmo. Cuando los soldados hubieron terminado de cantar, Iván se los llevó de vuelta a la era, prohibiendo a todos que lo acompañasen, y transformó en gavillas a los soldados. Después de aquello se fue a su casa y se acostó.

[7] Abuelita. Es el tratamiento cariñoso en diminutivo de la palabra *babá* de la nota 4 anterior.

VII

A la mañana siguiente, su hermano mayor, Seman el guerrero, se enteró de todo lo ocurrido y acudió a ver a Iván.

—Dime —preguntó—, ¿de dónde sacaste los soldados y dónde los escondiste?

—¿Para qué quieres saberlo?

—¡Cómo que para qué! —se enfadó—. ¡Porque con soldados se puede conseguir todo! ¡Hasta conquistar un reino entero!

Iván se admiró.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? Te daré todos los que desees. Precisamente, entre mi hermana y yo hemos recogido muchos.

Iván llevó a su hermano a la era, y le dijo:

—Mira, voy a hacerte soldados, pero te los llevarás porque, si hubiese que mantenerlos, en un día todo acabarían con toda la comida que hay en la aldea.

Seman prometió llevarse los soldados. Iván se puso manos a la obra. Agitó una gavilla y apareció una compañía. Agitó otra gavilla y una nueva compañía apareció. Los soldados ocupaban casi todo el campo.

—Bien, ¿tienes ya bastantes?

Seman, muy regocijado, respondió:

—Sí, tengo bastantes. Gracias, Iván.

—Cuando quieras más, ven y te daré todos los que me pidas. Lo que sobra es el centeno.

Seman el guerrero impartió sus órdenes al ejército, lo formó y se fue a batallar. Poco después llegó Tarass el panzudo. Acababa de enterarse de lo sucedido la víspera.

—Dime, ¿de dónde sacas el oro? Si yo obtuviese el dinero tan fácilmente como tú, podría reunir todo el que hay en el mundo.

Iván se sorprendió.

—¿De veras? ¿Por qué no lo dijiste antes? Te daré todo el que desees.

Su hermano no cabía en sí de gozo.

—Me bastan tres cribas.

—Bien —le dijo—. Vayamos al bosque, pero enjaeza el caballo si quieres traértelo todo.

Se fueron al bosque. Allí Iván restregó las hojas de roble entre sus manos y amontonó gran cantidad de oro.

—¿Así está bien?

—De momento sí —dijo Tarass muy contento—. Gracias, Iván.

—De acuerdo. Si necesitas más, ven. No faltan hojas.

Tarass cargó una carreta con el dinero y se marchó a comerciar. De nuevo Seman luchó y Tarass hizo negocios. Seman el guerrero conquistó así todo un reino, y Tarass ganó dinero a espuestas. Un día en que ambos hermanos se encontraron, se confesaron mutuamente de dónde habían sacado los soldados y la fortuna. Seman el guerrero dijo a entonces su hermano:

—He conquistado un reino y vivo como un rey, pero no tengo dinero bastante para mantener a mis soldados.

Tarass el panzudo contestó:

—Yo he ganado muchísimo dinero, pero me apena algo y es no tener quién me lo guarde.

Seman el guerrero replicó:

—Vayamos a ver a nuestro hermano. Le pediré que me haga más soldados y te los daré para que protejan tu dinero. Tú pídele más dinero y me lo das para que yo mantenga mis tropas.

Fueron así a casa de Iván y Seman le dijo:

—Hermano, no me bastan mis soldados. Vengo a que me des más.

Iván movió, negativamente la cabeza y contestó:

—No te haré ni uno más sin un motivo justificado.

—¡Cómo! ¡Me lo prometiste!

—Es verdad, pero es inútil.

—¿Y por qué, pedazo de majadero, no vas a complacerme?

—Porque tus soldados mataron hace poco a un hombre —explicó Iván—. Estaba labrando yo cerca del camino y vi pasar a una babá que seguía llorando a un féretro. Me acerqué y le pregunté:

»«¿Quién ha muerto?».

»Ella me contestó:

»«Mi marido. Los soldados de Seman lo mataron en la guerra».

»Yo pensaba que los soldados solo iban a cantar canciones y resulta que han matado a un hombre cruelmente. No voy a darte más.

Se obstinó en aquella postura y no hizo más soldados. Entonces Tarass el Panzudo suplicó a Iván el Imbécil que le diese más oro, pero Iván movió la cabeza, negativamente.

—No te haré más sin motivos justificados.

—¡Cómo! ¿Acaso no me lo prometiste?

—Sí, pero es inútil. No te voy a dar más oro.

—¿Y por qué no vas a darme más, so idiota?

—Porque con tu oro le han quitado la vaca a Mijaílovna.

—¡Cómo que se la han quitado!

—¡Sí, se la han quitado! Mijaílovna tenía una vaca cuya leche bebían sus hijos. Pero resulta que hace poco sus hijos vinieron a pedirme leche. Cuando les pregunté dónde estaba la vaca, me contestaron: «El administrador de Tarass el panzudo ha venido, le ha pagado a nuestra madre tres piezas de oro a cambio de la vaca, y ya no tenemos qué beber». ¡Yo me imaginaba que ibas a divertirte con esos discos dorados y resulta que sirvieron para quitarles la vaca a los niños! No te daré más.

Y el tonto se obstinó de nuevo, de manera que Tarass el panzudo no obtuvo más oro. Los hermanos regresaron contrariados por donde habían venido mientras hablaban en el camino del modo de salir de sus apuros. Seman dijo entonces:

—Escucha, esto es lo que haremos. Tú me darás dinero para mantener a mis soldados y yo te daré a cambio la mitad de mi reino con soldados para guardar tus tesoros.

Tarass accedió. Los hermanos se repartieron sus bienes según habían acordado y los dos fueron zares poderosos y ricos.

VIII

Iván se quedó en casa para mantener a sus padres y trabajaba en el campo con su hermana muda. Un día el viejo perro que guardaba la casa enfermó y se moría. Iván se apiadó de él, le pidió pan a su hermana, se lo guardó en la gorra y salió para echarlo al perro. Pero la gorra se le agujereó y el pan se cayó junto con una raicilla. El perro se la comió. Apenas hubo tragado la raíz, el animal se levantó rápidamente y se puso a jugar, ladrando y moviendo la cola de puro contento

porque estaba del todo curado. Los padres de Iván, al verlo, se sorprendieron y maravillaron.

—¿Cómo se habrá curado el perro? —se preguntaban.

Iván les contó entonces lo acaecido.

—Porque yo tenía dos raíces que curan todos los males y el perro se ha comido una.

Así las cosas, la hija del zar enfermó y este pregonó por ciudades y aldeas que recompensaría espléndidamente a quien la curase y que, si era soltero, la concedería su mano. El edicto también se publicó en la aldea de Iván. Los padres de este se enteraron y lo llamaron:

—¿Te has enterado de lo que dice el zar? —le preguntaron—. Si aún te queda una raíz, cura a la zarevna y serás feliz el resto de tu vida.

—¡Está bien! —dijo el tonto y se dispuso a partir.

Lo vistieron decentemente. Salió al umbral de la puerta cuando vio a una mendiga que se le acercaba con el brazo roto.

—He oído decir que curas. Por favor, cúrame el brazo para que pueda vestirme sola.

—¡Como deseas! —exclamó el tonto sacando la raicilla, que le entregó a la mendiga para que la comiese.

La mendiga lo hizo y su brazo sanó de inmediato.

Los padres de Iván salieron a despedirle y en cuanto supieron que había regalado su última raíz, le regañaron al ver que no tenía con qué curar a la princesa.

—¡Una mendiga! —gritaban—. ¡Te has compadecido de una mendiga! ¡Y no de la zarevna!

Pero Iván también se había compadecido de ella, así que enganchó su caballo, cargó de paja la carreta y subió al pescante.

—Pero ¿a dónde vas, so necio?

—A curar a la zarevna.

—¿Cómo, si no tienes remedio para ella?

—¿Y qué más da? —repuso él fustigando al caballo.

Llegó a la corte y, en cuanto hubo pisado las escaleras del palacio del zar, la zarevna quedó curada.

El zar se alegró mucho y llamó a Iván, ordenando que lo vistiesen suntuosamente, y le anunció:

—A partir de ahora serás mi yerno.

—¡Bien! —contestó Iván.

E Iván se convirtió en esposo de la zarevna. El zar murió poco tiempo después y le sucedió Iván el tonto. Y así los tres hermanos llegaron a reinar.

IX

Los tres hermanos vivían y reinaban. El mayor, Seman el guerrero, era feliz. Había sumado muchos soldados a los de paja. Mandó que en todo su reino le entregasen un soldado por cada diez casas, y que esos soldados fuesen muy altos, de rostro afable, y corpulentos. Reclutó un gran número y los formó. Si alguien se negaba a obedecer, enviaba a sus soldados y hacía cuanto le venía en gana. Así fue cómo se hizo temer de todo el mundo. Su vida transcurría feliz. Todo lo que se le antojaba, cuanto veía, era suyo. Le bastaba con enviar soldados para que se apoderasen de cuanto deseaba. Tarass el panzudo también vivía feliz. Había conservado el dinero que le regaló Iván y había ganado mucho más con la primera suma. Había ordenado los negocios de su reino, guardaba su oro en

arcas y exigía más a sus súbditos. Pedía un tanto por aldea, un tanto por habitante, otro tanto por los trajes, los laptis y los onutshis^[8] y las cosas más nimias. Tenía todo lo que deseaba. Le traían de todo a cambio de su dinero y todos acudían a su casa a trabajar, pues todos necesitaban dinero. Iván el tonto tampoco vivía mal. Apenas hubieron enterrado a su suegro, se quitó las galas de zar y se las dio a su esposa para que las guardase en un baúl. Se puso de nuevo su camisa de cáñamo, sus calzones anchos, sus laptis y volvió a trabajar.

—¡Me aburro! —se quejó—. Me crece la barriga y no tengo apetito ni sueño.

Mandó llevar a sus padres a su antigua isba con su hermana muda, y se puso a trabajar de nuevo.

Y cuando le decían:

—Pero ¡si eres todo un zar!

—¿Y eso qué más da? —contestaba— ¡También los zares necesitan comer!

Su ministro fue a buscarlo:

—No tenemos dinero para pagar a los funcionarios.

—Pues si no hay, no les pagues —repuso Iván.

—¡Es que se irán!

—¡Que se vayan! Así tendrán tiempo de trabajar. Que saquen el estiércol. Ya lo han dejado amontonar durante mucho tiempo sin aprovecharlo.

Entonces fueron a pedir justicia a Iván. Uno se quejaba de que otro le había robado dinero. Iván contestó:

—¡Será por necesidad sin duda alguna!

[8] Dos tipos de calzado de los campesinos rusos.

Fin de la edición promocional